



DE LAS TERMINACIONES BASCONGADAS ASUNA Y ERIA.

II.

SR. DIRECTOR DE LA «EUSKAL-ERRIA.»

San Sebastian.

EIBAR 18 de Enero de 1883.

Muy Sr. mio y de toda mi consideracion: En el número 78 de su ilustrada Revista vió la luz un remitido mio, fecha 25 de Agosto pasarlo, en el cual me ocupé extensa y detenidamente de la etimología de la palabra ASUNA (*muy tuétano*), terminacion de nuestros nombres abstractos, con el fin de demostrar las conexiones íntimas y los vínculos estrechos que unen nuestra lengua con la presunta hablada en los tiempos prehistóricos, induciéndonos á pensar que llega á entroncarse por una filiacion directa en la del hombre primitivo que llena las edades de piedra.

Hoy me propongo completar aquella demostracion en cumplimiento de la palabra que tengo empeñada, exhibiendo, al efecto, nuevas voces, que por sus conexiones con otros objetos arqueológicos pertenecientes á aquel, vengan á corroborar y confirmar nuestras anteriores afirmaciones y con ellas la verdad de nuestra etimología.

Mac como el asunto es por demás sério y reúne á su novedad una importancia extremada para la resolucion de los graves problemas que se refieren al misterioso origen de nuestra lengua y su extension en los tiempos prehistóricos, así como á la influencia que nuestra raza pudo ejercer en aquellas remotas épocas en la formacion de las sociedades primitivas de Europa, séame permitido reproducir ampliando las razones que me sirvieron para mi anterior demostracion, á fin de que reuniéndolas con los pocos, pero importantes datos, que hoy someto al juicio de los lectores, pueda juzgarse mejor de su valor é importancia.

Voy, pues, á entrar en materia, sin preocuparme de la novedad y atrevimiento de mis ideas, para atenerme mejor á que aparezcan ajustadas á una lógica razonable y concienzuda.

Decía en mi anterior artículo: la terminacion ASUNA arriba citada, así como su correlativa y antagonista ERIA (*lesion enfermedad*) que sirven, como dijimos en el mismo, la primera para caracterizar las virtudes y la segunda los vicios, deben y han de deber su mision á sus respectivos significados, si tenemos en cuenta el carácter altamente descriptivo de nuestra lengua, dentro de la cual la consonancia y armonía entre las palabras y sus oficios, podemos decir que es una condicion tan necesaria, como lo es en la naturaleza viva aquella que media entre el órgano y sus funciones; importantísima verdad que el etimologista no puede perder de vista cuando se trata de la interpretacion de nuestras voces.

La expresion ERIA, cuya significacion nos es bien conocida, responde perfectamente á esta ley fundamental del bascuence, pues no puede desconocerse toda la verdad y sentido moral que encierra la calificacion de *enfermedades* aplicada á los vicios.

No sucede lo mismo con su congénere ASUNA; esta expresion, en efecto, por el sentido de interior ó profundo que tiene en la actualidad su radical *tuétano*, es á todas luces inhábil para dar razon de las genialidades de la terminacion, pues no hay consonancia, relacion ni paridad entre esta parte gramatical, cuya presencia en las palabras se refiere siempre á una cualidad relacionada con una virtud y dotada además de absoluta incompatibilidad para unirse con los vicios, y aquel adjetivo unido generalmente á estos, aunque igualmente apto para juntarse tambien con las virtudes.

Esta deficiencia era demasiado manifiesta para que pasára desapercibida; mas como las leyes generales de una lengua, que reflejan el pensamiento de toda una raza, ni pueden interrumpirse, ni contradirse con infracciones inmotivadas é injustificables, veíase con claridad que la citada expresion encerraba un sentido oculto que no podía ser penetrado, y que ha permanecido ignorado hasta que ha venido á revelárnoslo la arqueología prehistórica en la forma que expusimos en nuestro primer artículo.

En efecto, esta ciencia al demostrarnos que el *tuétano*, sustancia grosera é indiferente al paladar del hombre civilizado, ha sido, sin embargo, el alimento más querido y codiciado de aquellas generacio-

nes prehistóricas, á las cuales se debe tambien la obra de nuestra gramática, nos ha dado á conocer que la citada voz radical de nuestra antiquísima terminacion hace referencia al manjar que hizo las delicias de las mismas por una série dilatada de siglos, y que en este concepto, su significacion equivale á «*cosa deliciosísima ó dulcísima.*»

En virtud de estas revelaciones, la radical citada, que al perder su primitivo sentido aparecería como una nota discordante dentro de nuestra gramática, vuelve á recobrar, apénas repuesto en aquel, toda aquella correccion, propiedad y belleza que distingue y caracteriza las voces del bascuence, convirtiéndose de hecho en una calificacion tan expresiva y apropiada y de tanto sentido moral como la de su congénere ERIA arriba citada. Mas aun, si habian de realizarse aquellas leyes de armonía que hemos dicho ser condicion necesaria de todas nuestras voces, era preciso de todo punto que al antagonismo de las terminaciones respondiera otro igual en sus significados, y á la antítesis en las palabras calificadas, otra igual en sus calificaciones ó características, y tales condiciones no puede llenar ninguna voz de nuestro diccionario, si queremos prescindir de la expresion citada *delicias, debite, agrado*, que es á la enfermedad siempre dolorosa, displicente y desagradable lo que la virtud al vicio.

La misma palabra *salud* carece de toda condicion para servir de característica en el mero hecho de ser compatible con la maldad del alma.

No puede, pues, dudarse de la verdad de nuestra etimología, que, como hemos visto, viene impuesta á la vez por las revelaciones de la arqueología sobre el tuétano, las no ménos importantes de la filología sobre la antigüedad del bascuence y últimamente las inmutables reglas de nuestra gramática, de modo que es forzoso aceptarla cualesquiera que sean las consecuencias que de ella se desprendan.

De todo lo dicho se deduce que nuestro ascendiente, esto es, aquel hombre primitivo, cuyas delicias hiciera el alimento de que venimos hablando, llamó á las virtudes *deliciosas, dulcísimas*, ron el nombre de su favorito manjar; á los vicios *displicentes y dolorosos*, como una enfermedad, *deformes ó defectuosos*, como un cuerpo lisiado, y que estas mismas, que revelan su criterio moral y su buen sentido, las fijó luego en su gramática, hermoseándola con las delicadas distinciones de que hicimos mérito en el artículo anterior, y en las cuales remos nosotros un testimonio elocuente de la solidaridad de su raza y lengua con la raza y la lengua nuestras.

Vamos á reproducir uno de aquellos ejemplos prácticos que nos darán á conocer la ingenuidad de estas construcciones, cuyo sencillo mecanismo parece trasportarnos á la infancia de las sociedades primitivas.

El adjetivo *andi* (grande), entónces citado, se compone de la voz *an* que el bascuence aplica á la extension; (de ella derivan la voz *ana*, antigua medida, y *Guadi-ana*, rio extendido, conocido en la antigüedad con el nombre de *annas*), y de la partícula *di*, que aplica á la profundidad, caractéres los dos, que gradúan el tamaño de los objetos: si este llevaba consigo la idea de su belleza, física, moral ó intelectualmente considerado, el bascuence le llamaba *dulcísimo* con el nombre de su manjar, del cual formó la terminacion *asuna* característica de toda virtud, y decia *anditasuna* (grandeza, virtud); si poreal contrario; aquella expresion entrañaba la idea de su fealdad física, moral ó intelectualmente considerado, el bascuence le llamaba *doloroso*, como una lesion, ó *defectuoso*, como cuerpo lisiado, por medio de la expresion *ERIA*, de la que hizo la característica de todo vicio, y decia *andikeria*, (grandeza defectuosa). De este modo enriqueció su lengua con dos nuevos sustantivos, en cuyas delicadas distinciones vemos fielmente reflejados los sentimientos de nuestro ascendiente *el hombre primitivo*.

Llamo aquí la atencion de los lectores sobre la similitud de las voces *andi* y *grande*, unidas por la comun radical *and*, y espero que convendrán conmigo en que, léjos de ser casual esta semejanza, nos indica, por el contrario, con mucha claridad, que la segunda ha sido tomada de la nuestra, anterior en el orden del tiempo al latin y al castellano, sin que haya sufrido en el tránsito otra variacion que la adición por plenitud de la consonante doble *gr*, pues que la vocal final nada significa: diré aún más; la misma voz *grandeza* parece una alteracion de nuestro primitivo *andiasuna*, y sus similares castellananas una reminiscencia de esta terminacion. Díganos de paso que el castellano está lleno, más de lo que parece, de raíces y modismos nuestros, y no se extrañen nuestros lectores que nos atrevamos á decir que en aquella grandilocuencia, armonía y sonoridad de aquella lengua, sentimos resonar el acento de este bascuence, tan desdeñado y despreciado, y que esta belleza por la cual aventaja á sus hermanas y se distingue de las mismas, no la tiene heredada de su madre comun el latin, pues que entónces participarían de ella la francesa é italiana, y mucho ménos del godo ni del árabe, sinó de su ascendiente el ibero ó bascongado,

al que debemos igualmente nuestro carácter nacional, hoy el mismo que en la época romana, en Gerona como en Sagunto, en Zaragoza como en Numancia, según lo dijo muy elocuentemente el insigne orador Castelar en uno de sus discursos parlamentarios.

Perdónensenos estas digresiones que, si se oponen á la trabazón del artículo, son en cambio leídas con gusto por cuantos quieren ver rehabilitado el bascuence á los ojos de nuestros hermanos de allende el Ebro, y prosigamos nuestro trabajo, tratando de aquilatar el valor que pueda tener la etimología á los ojos del crítico.

Bien comprobada, decíamos en el artículo anterior, equivale esta etimología á una medalla que hubiéramos encontrado grabada en bascuence en los objetos prehistóricos que han servido para su más fiel interpretación; esto es, en aquellos pedazos de esqueleto que han servido á su vez al arqueólogo para penetrar las aficiones gastronómicas del hombre primitivo, y cuyos ejemplares aparecen con los primeros vestigios del mismo.

Infiérese de aquí que el origen de nuestra raza puede remontarse hasta aquellas remotísimas edades de la época glaciaria.

La ciencia, por su parte, no desmiente la verdad de esta suposición; Antes bien parece confirmarla al establecer que el pueblo celta, primer representante de la familia ariana en Europa, aparece en ella dentro de la edad de piedra; que la raza turaniense ha precedido á ésta y á ambos la nuestra: del mismo modo los sentimientos que dictaron la aplicación de la terminación de que nos ocupamos á la Gramática, han precedido á ésta, y esto es lo que confirma la arqueología, según hemos visto más arriba.

Esta conformidad de la ciencia es ya una presunción fundadísima en favor de nuestra etimología, mas dista mucho de constituir una prueba plena de la misma; la ciencia nos dice que nuestra lengua se ha hablado dentro de la edad de piedra, sin que podamos, sin embargo, demostrarlo con pruebas directas y fehacientes; no puede bastarnos una sola palabra para enlazar razas separadas por distancias tan inmensurables; necesitamos, pues, de nuevos vocablos para que sea admitida la solidaridad de nuestra raza con la del hombre primitivo.

Otra objeción puede también dirigirse, diciendo que los hallazgos que sirven de fundamento á nuestra etimología, han tenido lugar en zonas en las cuales no se ha sospechado siquiera que se hubiera hablado el bascuence, si exceptuamos la honrosa distinción

que merecen nuestros ilustres lingüistas, los cuales penetran antes que nadie esta verdad con otras que la ciencia se ha encargado de sancionar más tarde. Tributemos, pues, este testimonio da nuestro respeto á los insignes Larramendi, Astarloa y Erro, los primeros que descubrieron los misterios que encerraba nuestra interesante y veneranda lengua.

Estamos tan persuadidos de la importancia de la primera de estas objeciones, que hubiéramos renunciado á nuestro trabajo, si para corroborar nuestras primeras deducciones no hubiéramos contado con dos nuevas palabras conexas íntimamente con objetos arqueológicos reunidos en los museos, procedentes como la terminacion de que nos ocupamos de las épocas prehistóricas, y marcadas como ella con el sello de la misma edad; palabras, en fin, de cuyo origen no puede dudarse, porque lo traen escrito en su misma estructura con caracteres claros y fácilmente perceptibles para todo aquel que entiende un poco nuestra lengua, y las cuales esperamos se levantarán desde su actual humildad hasta convertirse en gloriosos timbres de la preclara nobleza de nuestro idioma; tales son *aizcora* (hacha) y *achurra* (azadon), derivaciones ambas de la radical *aitz aitz-a* ó *ach ach-a* (peña ó piedra).

La construccion y enlace de estas voces, y sobre todo su adaptacion á los objetos que expresan, no dejan lugar á dudar que la citada radical hace referencia á la materia *peña* ó *piedra*, de que estaban compuestos estos útiles de nuestros ascendientes. Proceden, pues, de la edad de piedra, y han servido en aquella época para designar objetos análogos á nuestras actuales hachas y azadones, cuyos similares de piedra se encuentran en los museos.

Hagamos aquí una observacion prévia sobre estas voces: dijimos al hablar de la terminacion que había llegado á nosotros porque quedó grabada en la estructura íntima de nuestra gramática que es á las lenguas lo que el esqueleto á los fósiles: tratamos al presente de simples vocablos fugaces, móviles y perecederos por su naturaleza, y los cuales han llegado, sin embargo, á pesar de las dificultades que les oponía su falta de consistencia á favor de la estructura especial del bascuence, que es para sus voces lo que son para los fósiles las capas calcáreas que los recubren y preservan de toda destruccion; y hacemos esta observacion porque poseemos muchas otras voces de igual origen que siendo interesantísimas bajo otros conceptos, no pueden, sin embargo, relacionarse con la existencia conocida del hombre primitivo, como

sucede con las dos actuales, de cuya etimología vamos á ocuparnos, haciendo las salvedades que exige de nosotros nuestra falta de competencia, pero consignando que toda diferencia, si puede haberla, versará sobre las terminales, de ningun modo sobre la radical, que es lo que nos importa.

Aizcora ó *aizcoria* se compone primero de la voz *aitz* antes dicha, y que en composicion siempre pierde la *t*; segundo de la partícula *ka* que el uso ha convertido en *ko*, como sucede en *joko*, *jokoa*, *jokolaria* por *joka*, *jokia*, *jokalaria*, palabras que denotan que nuestros primeros juegos fueron de combate. (La castellana *juego* se deriva de la primera); esta partícula denota accion, como puede comprobarse con los ejemplos siguientes: *arrika* significa á *pedras* ó á *pedradas*; *aguinka*, á *dientes*; *malluka*, á *martillos*; *burdika*, á *carros*, etc.: tercero, de la terminacion *ari*, que denota el agente que lleva á cabo las acciones signadas en la voz, pero con la ventaja que da la aptitud natural ó adquirida por el ejercicio; así *arrikan* significa *apedreador*; *mallukari*, *martillador*, etc., y últimamente de la característica *a*, que sirve de artículo; de modo que la palabra compuesta *aizkoria* significa «el que maneja la *pedra* ó trabaja con ella.» Ahora notaremos aquí que todas estas voces de oficios y ejercicios se convierten en sustantivos comunes por la simple mutacion de la *i* final en *a*; así *arrikara* significa *pedrada*; *mallukara*, *martillazo*, y que estas voces, á su vez, al recibir el artículo, se convierten en *arrikari-a*, *pedrada la*, etc.

Tambien puede descomponerse en *aitz-gora* por el cambio frecuente de la *k* en *g*, y cuya terminal podrá ser la radical del verbo *goratu*, subir, sobreponerse, y significar *superior* ó *sobre la peña*.

Ach-urra se compone de *ach*, ya citada, y de la terminal *urra*, radical del verbo *urratu* (romper ó rasgar), en cuyo caso significaría *hoja de piedra* ó *rompepedras* ó *piedra rasgadora*.

Tenemos que hacer aquí una observacion importantísima: las palabras castellanas *acha*, *azadon*, *azagaya*, *azuela* y la francesa *hache*, han sido tomadas, sin género de duda, de nuestra radical, como lo demuestran bien claramente los objetos á que se aplican, y son por lo mismo otros tantos preciosísimos ejemplares de inestimable valor, por cuanto demuestran además el arraigo que nuestra lengua ha tenido en ambas naciones, bastante poderoso para que los pueblos invasores y nuevas civilizaciones no hayan logrado estirpar estas voces que nuestros ascendientes impusieron á los objetos de su primitiva industria,

Coincidencia singular; los arqueólogos han convenido en llamar con el nombre genérico de *haches* todos los útiles de pedernal antehistóricos, bien ajenos de pensar que se servían de la radical misma de que se valía el hombre primitivo para imponer sus nombres á aquellos instrumentos de su industria.

Al ver, pues, la correspondencia estrecha que tienen todas estas voces nuestras con los útiles que han pertenecido al hombre antehistórico, de quien nos ocupamos, por un lado, y al ver por otro cuán fielmente se hallan reflejados en nuestra gramática los sentimientos suyos que nos han sido mejor demostrados por la arqueología, no puede dudarse de la solidaridad de su raza y la nuestra que va á entroncarse por una filiación directa en la suya.

Así, pues, nos consideramos autorizados para establecer los paralelos siguientes, diciendo: así como no son casuales ni fortuitas aquellas formas concretas, regulares, geométricas de los pedernales que han servido al arqueólogo para conocer en ellos la intervención de una mano inteligente, del mismo modo tampoco son casuales aquella correspondencia y adaptación exacta de nuestras voces á los útiles mencionados que nos demuestran á su vez la intervención que tuvo nuestra lengua allá en las edades de piedra en la imposición de aquellos nombres; y prosiguiendo, añadiremos de igual modo, que así como tampoco son casuales aquellas aberturas artísticas y artificiales de los huesos largos que han servido al arqueólogo para penetrar las aficiones gastronómicas del hombre primitivo, del mismo modo tampoco es casual la presencia en nuestra antiquísima gramática de la voz *un*, *una* (tuétano) en la terminación encomiástica de las virtudes; hecho que nos revela á su vez que en el cerebro de aquel hombre germinaba una idea filosófica con una cultura de espíritu capaz de influir en el progreso de las razas con quienes se fundiera. El arqueólogo nos ha dado á conocer la vida del hombre prehistórico; nosotros hemos procurado investigar la lengua en que éste se expresaba, y creemos haber suministrado algún material, aunque pobre, para esta obra, que personas más competentes y mejor instruidas se encargarán de completar.¹

Antes de terminar este larguísimo artículo vamos á recordar una verdad fundamental que por haber recibido ya la sanción de la ciencia, viene á ser quizás la base más firme de nuestro trabajo.

(1) La voz *un...n.....a* es la expresión mímica de que se sirven las madres bascongadas para realzar á sus niños la excelencia de las cosas, y sobre todo el buen sabor de los alimentos.

En efecto, la filología nos ha dicho que el bascuence es la única lengua autoctona ó ab-origene de la Europa; esto es, la primera que se ha hablado dentro de ella entre todas las conocidas, y la única tambien á la cual los conocimientos humanos no han podido así darle un origen extranjero, como sucede y se ha probado respecto de todas las demás.

Esta verdad axiomática, que debemos á los recientes progresos de aquella ciencia, ha impulsado á algunos sábios á estudiar detenidamente los caracteres de nuestro pueblo para confrontarlos con los del hombre primitivo por medio de concienzudos estudios llevados á cabo en los respectivos cráneos; y el Doctor Broca, que se ha dedicado entre otros á esta clase de estudios, despues de medir numerosos cráneos extraidos de los cementerios viejos de Zarauz y de San Juan de Luz y otros procedentes de diversos puntos, ha venido á formular que el pueblo bascongado y el hombre primitivo de las primeras edades pertenecen ámbos a la raza dolicocefala (ó de cabeza larga), y que los braquicefalos ó cabezas redondas solo se unieron más tarde á los primeros, y pertenecen, por lo mismo, á un pueblo invasor y posterior.

Tenemos, pues, un punto más de semejanza, con el hombre fósil cuya filiacion hemos procurado no tan desacertadamente como algunos quizás habrán pensado.

Al formular aquella proposición el ilustre antropólogo preveía las objeciones que se le dirigirían por las tendencias intencionadas que entraña consigo, y por esta razon, sin duda, se apresuró á combatirlas con razonamientos que creemos oportuno reproducir aquí, porque son los mismos de que podemos valernos para apoyar la verdad de nuestras conclusiones.

Decía, pues, el sábio médico francés: «el bascuence forma por sí solo toda una familia lingüística, de la cual es su único y solo representante; ó en otros términos, es la lengua de toda una raza del linaje humano, y no de un pueblo ni de una nacionalidad; no ha podido, pues, vivir encerrado en el corto y reducido recinto que hoy ocupa;» y añade más adelante: «el bascuence es, segun dicen los filólogos y cuantos le conocen, una lengua perfecta, armoniosa y sonora, y ha necesitado para su desenvolvimiento espacio y tiempo, tiempo prolongadísimo y casi indefinido, y espacio mayor que el que ocupa en los tiempos históricos; ha tenido, pues, que hallarse necesariamente extendido por comarcas más vastas y zonas extensas que aquellas á que

hoy día está circunscrito; y como éstas no se encuentran, por más investigaciones que se hayan hecho, ni en Asia, ni en Africa, ni en América ni en ningun otro punto del globo, es preciso convenir en una de las dos hipótesis siguientes: ó bien la raza euskara es la rama separada de un gran pueblo que se hundió en los mares con la fabulosa átlantida de que hablan los historiadores antiguos, ó bien, por el contrario, ha estado extendido por toda Europa ó una gran parte de ella, suposicion esta última á que dá fuerza y vigor el hecho de que los pueblos invasores, originarios todos del Asia, fueron rechazando al indígena en la direccion de Oriente á Occidente, hasta relegarla al confin que hoy ocuparnos.»

Hay, pues, personas científicas que creen juntamente con los lingüistas bascongados que nuestra raza ha ocupado la mayor parte de la Europa, y esperamos que esta opinion, tan necesaria á la verdad de nuestro trabajo, hoy limitada á unos pocos sábios, no tardará en generalizarse para ser aceptada por todos sin discusion. Aquel día las personas eruditas podrán entregarse con más seguridad y mayor copia de datos á investigar la influencia que nuestra raza haya podido ejercer en la formacion de las sociedades primitivas de la Europa, en la de sus armoniosas y magestuosas lenguas y, en fin, en aquel espíritu progresivo que ha distinguido á sus pueblos haciéndolos dueños de la civilizacion más acabada y completa que ha existido; lo cierto es, que las razas invasoras en el punto de su origen permanecen sumidas en la mayar ignorancia y barbárie sin dar muestras de aquella aptitud que sólo ha podido manifestarse al contacto y calor de la raza indígena.

Una reflexion se me ocurre: la antigüedad griega y romana ha ignorado totalmente esta influencia, y no es de extrañar este hecho, cuando en la época actual vemos que nuestros hermanos de Castilla no sienten en sus venas su propia sangre, empeñados en buscar sus orígenes y los de sus pueblos en fabuloso Hércules Ibero, muy agenos dispensar que éste le tienen á su lado y está con ellos.

Concluyo, Sr. Director, este largo artículo, encomiástico de los cuarteles de nuestra preciara nobleza, suplicándole su insercion, y repitiéndome de V. siempre afmo. S. S. Q. B. S. M.

JOSÉ DE GUIASOLA.

